



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



V – La traición de los emires

04 – El monje lascivo

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2019

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

4 - El monje lascivo



Días más tarde, llegaron a Jerusalén. El capitán Maarûf ordenó que montaran el campamento ante las murallas de la ciudad, y Mariam se instaló en su tienda para descansar de las fatigas del viaje. Al cuarto día, fue a visitar el Santo Sepulcro; Maarûf la acompañó y se quedó plantado a la puerta para esperar allí a la princesa.

La basílica estaba a rebosar de monjes y clérigos. En medio de ellos, estaba sentado un sacerdote, rodeado de un corro de frailes y patricios, que escuchaban arrobados la increíble sarta de tonterías con que les sermoneaba:

- Escuchad, hijos míos, escuchad y ved lo tontos que son estos musulmanes –les andaba diciendo–: comen carne de cordero y se abstienen de la de cerdo; prefieren el suero al vino viejo. ¡No hagáis como ellos, hijos míos, y no creáis en lo que dicen!

En ese momento, Mariam se acercó al monje y fue a besarle la mano; éste, al verla tan bonita, creyó que perdía la cabeza y notó cómo se le despertaba el diablo de la lascivia. Disimulando su estado lo mejor que pudo, dejó plantado al círculo de sus discípulos y se llevó a la princesa a un lugar apartado.

- ¿Quién eres tú, *fligliona*? que el Cristo te bendiga a ti y al vientre que te ha parido –la preguntó desnudándola con la mirada.

- Padre, yo soy Mariam El-Zonnâriyyeh, hija del *babb* Juan, Señor de Génova.

- Bienvenida seas, hija mía. Y ¿qué puedo hacer por ti?

- Padre, he tenido un sueño.

- Ah, pues cuéntamelo, y yo te lo interpretaré. Has tenido suerte, yo conozco a la perfección “La Llave de los Sueños”, de los padres Pies Descalzos y Chasquea Dientes.

- Pues veré, padre: *Yo me veía a mí misma en un valle oscuro y desierto, lleno de ruinas, y sin una gota de agua, ni una brizna de hierba. Andaba yo por ese valle, con una sed que me atormentaba cruelmente, cuando de pronto llegué ante una gran extensión de agua, más blanca que la leche y más dulce que la miel. Tomé un poco en el cuenco de la mano y bebí. Mas he aquí que cuando la hube bebido, sentí que un*

delicioso frescor se apoderaba de mí, la sed que tenía se aplacó de repente, y yo me sentí renacer. Luego, me senté al borde del agua y allí sumergí los pies para refrescarlos; cuando de improviso, una mosca negra, del tamaño de una abeja, salió de mi boca, y ante mis ojos cayó muerta sobre la tierra; poco después, llegó una mosca blanca, entró en mi boca y yo me la tragué. Lo más raro de todo es que no experimenté ningún asco ni náusea; al contrario, me daba cuenta de que había cobrado un gran afecto por esta mosca. Luego, vi sobre el agua un navío que se iba aproximando; embarqué en él, y me llevó hasta la otra orilla. Allí me bajé y vi una gran pradera verde y fresca, por la que discurrían arroyuelos y cantaban los pájaros; entonces, me tumbé bajo un árbol y me quedé dormida. Más he aquí que, mientras dormía, bajó un pajarillo de lo alto del árbol y vino a picotearme suavemente en la oreja; pero de pronto aquel pajarito comenzó bruscamente a hincharse, y de él salió un pájaro blanco. Yo quise cogerle para jugar con él, cuando de pronto, un enorme pajarraco negro se lanzó sobre mí, me arrancó el pájaro blanco de las manos, y se lo llevó con él. En ese momento yo me puse a llorar y a lamentarme, hasta que me desperté. Y ese fue el sueño.

- Muy bien. Ahora, escúchame, *figliana* –respondió el monje viejo verde–. Ese valle sombrío y desierto en el que no encontraste ni una gota de agua... pues verás, es una región oscura, estéril y sin vegetación, en la que es imposible encontrar ni rastro de la más mínima cantidad de *aqua simplex*¹; la verde pradera, es la religión cristiana; el lago del que has bebido, es el agua del bautismo; el navío en el que te embarcaste, es el galeón que te trajo hasta aquí; la mosca negra que salió de tu boca, es un díptero de color oscuro que se ha extraído de tu cavidad bucal, y la mosca blanca, anuncia que Cristo está conforme con tu peregrinación. En cuanto al pájaro que te ha picoteado en la oreja... pues..., ven conmigo a la sacristía, allí estaremos más cómodos para explicarte eso. Y de paso, aprovecharé para administrarte cierto sacramento a mi manera.

Pero Mariam El-Zonnâriyyeh había comprendido perfectamente adonde quería llegar el monje. Furiosa, se levantó de un salto y le dio una estruendosa bofetada, que le hizo caer de culo; luego ella se marchó corriendo, perseguida por los monjes que gritaban:

- ¿Cómo te atreves tú a pegar a nuestro superior? ¡Vuelve acá a besarle las manos y los pies y a pedirle perdón!

¹ En la medida en que la princesa no describe, de forma coherente, la totalidad de los elementos del sueño, esta interpretación se descubre a sí misma como un entramado de fantasías. Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre esta forma de adivinación, no es menos cierto que obedece, tanto entre los árabes, como en Occidente, en esa misma época, a estrictas y precisas reglas, que muestran un complejo y rico simbolismo.

- No, gracias, ¡ya he tenido bastante por hoy! –les respondió la princesa, sin dejar de correr. Pero al huir, salió del Santo Sepulcro y, sin darse cuenta, franqueó los límites de la mezquita de El-Aqsa. Ante esto, los monjes se pararon en seco y se volvieron adonde el patriarca:

- ¡La *figliona* ha entrado en la mezquita de los musulmanes! –se lamentaron.

- ¡Da igual, dejad que corra! Ya la he maldecido yo, y con eso basta.

Mientras tanto, Mariam, que no dejaba de correr, había llegado a la mitad de la explanada. Todos extrañados de ver a una cristiana en aquel lugar, los fieles se apiñaban a su paso.

- ¡Sacrilégio! –gritaban algunos fanáticos. ¡Esta infiel ha profanado el santuario de Dios!

- ¡Nada de eso! –replicaban otros más moderados–. Simplemente se ha equivocado; aparentemente no conoce bien los lugares, y habrá confundido la mezquita de El-Aqsa con el Santo Sepulcro.

Pero Mariam no se daba cuenta de la conmoción que estaba creando; marchaba como en un sueño, ausente de este mundo e inmersa en el océano de la Voluntad divina. Y de ese modo penetró en la mezquita, observando con atención el sitio y a la gente.

Por una extraña coincidencia, se encontraba allí en ese momento un descendiente del Profeta; era un hombre de bien, que vivía miserablemente, y sin ningún tipo de recursos. Esa mañana, su mujer había dado a luz un niño.

-Señor –le había dicho ella– te agradecería tanto que fueras a buscarme algo de comer y un poco de leña para calentar agua con qué lavarme.

- Dios proveerá –la había respondido el marido–. Querida mía, no tengo ni un céntimo, ¡pero no importa! Todo socorro viene de Dios y Él es quien nos facilitará con qué sacar adelante a este niño.

Totalmente despreocupado por los bienes de este mundo, él había salido de su casa y se había llegado a la mezquita, en donde rezó la oración del medio día. Y cuando se disponía a regresar a su casa, vio aquella muchedumbre. Acercándose, escuchó a Mariam El-Zonnâriyyeh que preguntaba en su lengua:

- ¿Dónde está el obispo de los musulmanes?

Pero mira por donde, este hombre sabía la lengua de los Francos; se acercó a la princesa y le dijo:

- ¿Y qué quieres tú del obispo de los musulmanes?
- Deseo conocerle para ver si es como el de los cristianos.

El hombre, al comprender sus secretas intenciones, la tomó de la mano y la condujo hasta uno de los principales maestros que enseñaban en la mezquita, y que se llamaba El-Nawawi¹ (que Dios le sea propicio).

- Maestro –le dijo–, te ruego que escuches lo que te quiere contar esta muchacha; ella te agradecería que le interpretaras un sueño que ha tenido.
- De acuerdo –respondió el sheij.

Al mirar frente a frente a Mariam, vio que llevaba el rostro al descubierto, conforme a la costumbre de los francos; entonces él se quitó su chal y se lo puso sobre la cabeza, diciéndole así:

- Cúbrete el rostro, para que nadie te moleste con sus miradas.

Este consejo emocionó mucho a la joven, que le preguntó:

- Entonces tú, ¿eres el obispo de los musulmanes?

Esta pregunta escandalizó a los discípulos del sheij:

- ¡Que Dios de maldiga, estúpida! –la gritaron–. ¡Cómo te atreves a tratar a nuestro maestro como a un obispo!
- ¿Y qué mal hay en ello? –cortó en seco el sheij El-Nawawi–. ¡A ver, haya paz, sheij Muraffaa, y tú también, sheij Taqtûq! Dejadme hablar con ella. Sí, hija mía –repuso a la pregunta de Mariam–; yo soy algo así como un sacerdote musulmán: ¿qué quieres de mí?

Entonces, Mariam, volviéndose hacia su guía, le dijo en la lengua de los francos:

¹ Sabio musulmán (1233-1271), célebre por su conocimiento de las tradiciones (*hadîz*); originario de Nawâ, en el Golán, era contemporáneo de Baïbars (1223-1277). La inclusión de topónimos de Siria y Egipto, así como de nombres de sabios musulmanes de la época, es un procedimiento muy recurrente en el “Baïbars...”

- Cuéntale que he soñado tal y tal cosa y que desearía que me lo interpretara; pues yo sé muy poco árabe como para explicárselo personalmente.

El hombre tradujo estas palabras al sheij, que respondió así:

- Señor, dile que me hable en árabe, y que, con la bendición de Dios, me cuente el sueño que ha tenido. Si Dios quiere, ella podrá expresarse con claridad, por la intercesión de mi bisabuelo y por la Ciencia Sagrada.

Y esto diciendo, puso su dedo índice sobre la frente de la joven, que comenzó a hablar árabe como si lo hubiera hecho toda su vida. Le describió todo el sueño de la misma manera que lo había hecho antes.

- ¡La voluntad de Dios se ha cumplido! –exclamó el sheij cuando la princesa hubo terminado–. Todo eso quiere decir –aunque solo Dios es omnisciente–, que tú te convertirás al Islam; pues el valle que has visto, lleno de sombras y de ruinas, no es otra cosa que la comunidad de los infieles, y el otro valle florido, es la religión del Profeta. Dios te ha salvado de la perdición y te ha guiado hacia el recto camino; la mosca negra salió de tu corazón, en donde se aposentó la mosca blanca; esto es la profesión de fe, la afirmación de la Unicidad Divina, la palabra que salva el día del juicio final; el navío en el que te embarcaste, es la nave de la salvación, y el pájaro que te picoteó en la oreja, es un gran hombre, un descendiente del Profeta: él se casará contigo, y tú le darás un hijo, que se convertirá en un hermoso y valiente joven; pero crecerá lejos de ti. Así pues, si tú quieres estar al abrigo de los terrores del día de la Resurrección de los muertos, entrégate a Dios y abraza la fe musulmana, eso será lo mejor para ti; si lo rechazas, ¡pues libre eres de hacerlo! y no tendrás más que volverte por donde has venido.

- Pero dime, Maestro, si yo me hago musulmana, ¿me aceptarán los musulmanes como una más de los suyos? ¿Me respetarán?

- ¡Por supuesto que sí! Dios hará crecer el respeto y el afecto hacia ti en el corazón de todos los hombres.

Entonces, Dios abrió al Islam el corazón de Mariam El-Zonnâriyyeh, y alejó de ella los errores pasados.

- ¿Y qué debo hacer para abrazar vuestra fe? –preguntó la princesa.

- Deberás repetir lo mismo que preguntó Moisés cuando habló con Dios¹: “¡Oh, Tú, el que crea y hace renacer, dame algo de sabiduría, para que mi gloria sea reconocida!”.

Y Dios le respondió: “Moisés, las mejores palabras que mis fieles pueden proferir son ‘No hay más que un único Dios, y Muhammad es Su Profeta’. Es una profesión de fe sencilla de pronunciar, pero que tendrá un enorme peso en la balanza del día del Juicio Final.”

[Y el narrador prosiguió de este modo:]

Entonces, Mariam pronunció la confesión de la Unicidad divina y dijo, de corazón puro y sincero:

- Yo doy testimonio de que no hay más Dios que Dios, y de que Muhammad es el Profeta de Dios.

Luego, volviéndose hacia el descendiente del Profeta que la había guiado hasta el sheij el-Nawawi, le regaló un collar que bien valdría diez mil monedas de oro, junto con una bolsa con mil dobles cequíes². El buen hombre se regocijó por la suerte que había tenido y se fue adonde su esposa; Dios le había sacado de la miseria, y desde entonces vivió en la abundancia, cuidando de dar una buena vida a su hijo y a toda su familia.

**** * * * * *

Próximo relato de “La traición de los emires”

5 - “Las nupcias en el castillo”

¹ En el Islam, la misión profética de Muhammad era completar la de los profetas anteriores; hecho éste reconocido por todos ellos. Desde ese punto de vista, no hay nada anacrónico en este relato, aunque hay que señalar que, a pesar de su estilo “coránico”, esta afirmación no figura en El Corán.

² El cequí (*sharîfi*) equivaldría a unas diez de las antiguas pesetas; el “gran *sharîfi*”, que aquí se traduce por doble cequí, al parecer valdría el doble.